

## El istmo del tiempo de Gilberto Koolhaas

*Juan Carlos Capo*

El aporte con que me hago presente para evocar a Gilberto Koolhaas es una suerte de lectura comentada de su artículo “El istmo del tiempo, leído en un acto en Alianza Francesa, en 1982. El mismo fue recogido después en libro editado por Biblioteca Uruguay de Psicoanálisis, en 1987, con el título “El cuerpo, el lenguaje, el inconsciente”. En este breve texto, Koolhaas intenta poner de relieve, precisamente, la rememoración.

Me limitaré a seguirlo intercalando unos breves comentarios y extrapolando referencias de otros artículos.

Koolhaas cuenta en él que no se puede librar de un hecho de olvido, de un quedar en blanco, que le pasó hace años: el acto fallido consistía en no poder recordar el apellido de una familia vecina:

Marinoni. Piensa en lo ocurrido y asocia con Mannoni, de reciente visita, -sabido es que Serge Leclair, Maud y Octave Mannoni visitaron la APU en el curso de 1972- y recuerda una conversación mantenida en su lengua madre con Maud Mannoni, quien había estado en Ceilán. La conversación lo hizo recordar un libro de viajes:

“*La féerie cinghalaise*”; “*la féerie*”, lo lleva a una época de su temprana infancia, a una estancia en Berlín, después de *Sarajevo*.

Continúa el *texto*: es preciso que el orden perceptivo desaparezca para que se construya el orden de los recuerdos. Por eso el casquete percepción-conciencia de *un Yo que no es amo en su casa*. (la cita es de Freud) no es operativo y las primitivas neuronas w del Proyecto, que dictan fallo de realidad, también prefiguran el Ello, como se empeñó en leer Lacan, para perplejidad de todos. Pero no tanto, porque, Carta 52 mediante, también sabemos que sobre aquellos primeros signos de percepción, arcaicos, inconscientes, aquellas cosas vistas y oídas proveerán la matriz de la realidad *fantasmática*, núcleo de la realidad psíquica, objeto de una ciencia en busca de una

formalización, de la que somos oficiantes.

En el diván comienza un viaje, todo viaje es un regreso... En las palabras: “istmo del tiempo” de Lévi-Strauss, de su libro “Tristes trópicos”, y que Koolhaas hace suyas, en esas palabras se entrecruzan espacio y tiempo. Espacio de la geometría imaginaria que hace visibles escenificaciones fantasmáticas, tiempo concluido a prisa por la lógica del sueño y del ensueño, tiempo algebrizado, y por lo tanto factible de pensamiento y determinación, aunque no siempre determinable hasta el agotamiento en su vertiente simbólica.

“Entre la vida y yo, el tiempo ha tenido su istmo”, dice Koolhaas, dice Lévi-Strauss; el lector también crea el texto, casi tanto como el que lo gestó, y me es difícil distinguir entre la palabra de uno y otro. Y a través de ese pasaje nombrado se procesa el ambo al “Otro *continente*”.

Los recuerdos se encadenan tanto por asociación como por agregación. Y nos enredamos los pies con engañosos dilemas que nosotros mismos nos creamos, y nos hacen vacilar, y nos paralizan. Así por ejemplo los fecundos dualismos freudianos, las antinomias que tantas veces nos salen al paso, en la teoría, en la práctica, y que aún hoy nos cuesta incluirlos en nuestros hábitos mentales, y pretendemos liquidar la cuestión con un rotundo y errado dictamen:

“¡Eso es una contradicción!” Cuando precisamente es en las dudas, es en las contradicciones que los pacientes tienen al relatar un sueño por ejemplo, donde Freud aconsejaba introducir la herramienta de la búsqueda o de la interpretación, usando la metáfora del manto de Sifgrido y la marca que lo hacía vulnerable. Y así persistimos en seguir razonando por exclusión, por disyuntos excluyentes, y no por inclusión antinómica. Si así lo hiciéramos, nos sorprendería la de la vida y venturosamente el deseo viene de la mano de nuestro destino de muerte, es él que nos impulsa a diferir, a optar por la marcha siguiendo las vueltas de la serpiente de la vida y no por formas suicidarias de autoagresión, ni por la agresividad que da forma a nuestro narcisismo y se puede tornar acto de agresión en esa preferencia humana, demasiado humana, por la *mala forma, esas malas formas a las que como existentes muchas veces nos inclinamos*. En esa “différence”, que incluye la diferencia y también el diferir, quizá se nos haga posible el asumir nuestras diferencias.

Gilberto Koolhaas permanecerá así, en más de un sentido, creo, como cifra humana

de esa diferencia: por su ser de extranjero, por su ser de analista fundador de esta Casa, y por haber sido, para mí, al menos dos veces pionero.